

## La era del panóptico

ALONSO RABÍ DO CARMO

**«El gran hermano te vigila» no es solo el mensaje de un cartel en la pavorosa pesadilla totalitaria que describe Orwell en su novela 1984; es también una frase que ha cobrado actualidad con la transformación de la sociedad occidental en un espacio en donde el ejercicio de la vigilancia, en muchos niveles y sentidos, siempre desde algún poder, tiene cada vez más importancia.**

Los atentados del 11 de septiembre en la ciudad de Nueva York han cambiado el paisaje de la famosa megaciudad. Y no solo por la ausencia de las *Twin Towers* y las miles de víctimas que fueron blanco de estos, por decir lo menos, demenciales y perversos ataques; sino también porque han provocado la instauración de un complejo sistema de vigilancia, que empieza con el novedoso y cuestionado método de control migratorio en los aeropuertos estadounidenses y continúa con el empleo intensivo de cámaras que vigilan a millones de ciudadanos tanto en Nueva York como en otras ciudades.

En otras palabras, la era del panóptico ha vuelto a comenzar. Michel Foucault, distinguido pensador francés y uno de los más importantes filósofos contemporáneos, dejó una copiosa obra. Entre sus libros destaca *Disciplinar y castigar*, donde plantea, a partir de un proyecto de establecimiento penitenciario ideado en el siglo XVIII por el arquitecto inglés Bentham, que la vigilancia y la clasificación del sujeto es un eje central del ejercicio del poder. De acuerdo a los planos de la obra, mostrados en el libro, el panóptico de Bentham tiene una estructura circular. Las celdas rodean la torre de vigilancia, pero esto no tendría nada de particular, salvo por una circunstancia: los reclusos nunca saben si en la torre hay alguien vigilando, de modo que la observación tiene un carácter latente, tal vez simulado, con la finalidad de establecer una organización disciplinaria que prescribe la normalización de la conducta.

Así, el mecanismo del panóptico deviene en una suerte de laboratorio experimental, uno de cuyos componentes es la

dominación a partir de la disociación del binomio ver/ser visto. Reeducar la conducta, promover cambios de comportamiento, asegurar, de acuerdo a Foucault, «el coloquio a solas entre el detenido y el poder que se ejerce sobre él»<sup>1</sup> son algunos de los objetivos de este modelo disciplinario consagrado al dominio «espontáneo» del sujeto, ya que de algún modo la autoridad autorregula —por momentos anula— su capacidad o necesidad de intervención.

Este modelo, trasladado a una escala social mayor, el ámbito urbano, digamos, conserva sus características esenciales: vigilar desde la invisibilidad, imponiendo sutilmente un código conductual a una multitud indeterminada en un comienzo, pero pasible de ser clasificada e individualizada, para efectos más concretos de represión. El radio de acción de lo «privado», en estos términos, se ha reducido notablemente. Y la paradoja de esta reducción es aún mayor cuando sabemos que se desarrolla en sociedades que exhiben con orgullo su condición democrática y de respeto por la libertad humana.

Está claro que la existencia de mecanismos de vigilancia no es un problema en sí mismo, inclusive se puede argüir que bajo determinadas circunstancias son una necesidad; lo que sí resulta cuestionable es que estos mecanismos se traduzcan, más allá del poder que los inspira o del fin loable que persigan, en métodos de sujeción, en principio de organización social, en fin, en poder disperso por doquiera.

El actual control migratorio en los Estados Unidos es en muchos sentidos una caricatura de su propio objetivo: se controla con celo, por ejemplo, a los pasajeros que provienen de América Latina, pese a que los servicios de inteligencia de ese país saben perfectamente que las rutas favoritas empleadas por los terroristas para ingresar a su territorio son Europa y Asia. Y no hace mucho, el caso de la familia Sandívar llamó la atención de la opinión pública nacional después de conocer la forma en que se les había aplicado normas de control. José Sandívar, dirigente estudiantil aprista a comienzos de los noventa, solicitó a las autoridades estadounidenses se le concediera el asilo por haber recibido amenazas de Sendero Luminoso. En principio, el pedido fue concedido y así José y su familia arribaron a Miami. Luego de unos años, quienes concedieron el asilo determinaron que este ya no era necesario y que los Sandívar debían regresar al Perú, pese a que sus dos hijos no solamente nacieron en el Estado de

Florida, sino que además se hallaban al inicio de su formación escolar. José fue detenido en una prisión y separado de su familia.

A su esposa, en tanto, le colocaron un grillete electrónico — algo así como la marca de un esclavo, pero suavizada en virtud de la tecnología— que permitía a las autoridades ubicarla en cualquier momento. Esto es exactamente lo que hacen los documentalistas de *National Geographic* cuando quieren estudiar a un determinado ejemplar salvaje en medio de la sabana africana y no perderlo de vista nunca, pero claro, aplicado a un ser humano las cosas adquieren una tonalidad mucho más degradante.

Aunque el control migratorio en los Estados Unidos no responde necesariamente a una idea canónica de panoptismo, sí tiene que ver muy de cerca con la vigilancia. En todo caso, es previsible que después de trasponer esta primera puerta dejando fotografía y huella digital en los servicios de migración, se ingrese a una dimensión en la que la vigilancia alcanzará formas cada vez más sutiles y complejas, cuya finalidad no declarada es la sujeción del sujeto. Los centros de poder, de este modo, satisfarán su necesidad de intentar saber qué hace cada quién para cerciorarse de que nadie dé un golpe al «orden». El recrudecimiento del terrorismo a escala internacional, por un lado, y la depuración de inmigrantes, por otro, resultan así el pretexto ideal para que el modelo panóptico extienda sus dominios. ¿Por cuánto tiempo? ¿En qué términos? No lo sabemos. Solo podemos saber que alguien, desde algún lugar, nos mira.

## **Entrevista a Saúl Peña**

### **La vigilancia y la necesidad del orden**

*«Ahora la Policía del Pensamiento  
vigilaba a todo el mundo,  
constantemente.»*

GEORGE ORWELL, 1984

**Foucault definía el poder no como una totalidad sino como una red formada por diversos ejercicios (una «microfísica del poder» la llamaba él) en todos los ámbitos de la vida cotidiana y pública. Una de las manifestaciones de esa**

**red de poder es el funcionamiento de diversos sistemas de vigilancia en la sociedad. ¿De qué manera esto responde a una necesidad de orden? ¿En todo caso, cómo se entronca con ella?**

Los diversos sistemas de vigilancia en la sociedad, que supuestamente responden a una necesidad de orden, serían válidos siempre y cuando fueran por el bien común, con propósitos preventivos, educativos y éticos, o de protección física, psíquica, mental, espiritual, ambiental. Estoy hablando de una vigilancia saludable y creativa, en resguardo de la otredad, de uno mismo y de los derechos humanos de las personas, su vida, la justicia, su seguridad. Un carácter educativo, es decir, de valores y principios de la sociedad a través de actitudes consecuentes, cognitivas, afectivas y emocionales que se internalizan en el consciente e inconsciente individual y colectivo. De tal manera que implique el reconocimiento de la diferencia entre lo creativo y lo destructivo, entre el Eros y el Tánatos, entre el instinto de vida y de muerte y sus derivados, entre lo auténticamente ético y lo no ético y desprotegido. La vigilancia, así planteada, tiene un carácter psicosocial que implica principios y valores. No sería completa si no va acompañada por un criterio de penalidad justa.

Esto, evidentemente, estaría en íntima relación con un orden interno de armonía y de paz de conciencia proveniente de algo vivido, recibido y entroncado de verdad en la interioridad del ser humano. Estimulación de una conducta no delictiva ni transgresora; tampoco generadora de daño. Es conveniente tener una actitud que yo defino como de paranoia saludable, que es utilizar la experiencia en pro del beneficio justo de uno y de los demás para no ser sorprendido o encontrarse en situaciones destructivas. Es decir, en relación a la realidad. Con esta vigilancia que acabo de describir estoy de acuerdo; no con una seudovigilancia prepotente, injusta, abusiva, sádica, prejuiciosa, intrusiva en contra de la intimidad y que estimula el miedo, el temor, el prejuicio; con amenazas o chantajes para justificar fines falsos, hipócritas y pseudoaltruistas. Medidas de esta naturaleza son, efectivamente, un residuo de ideologías totalitarias.

**Un ejemplo concreto de vigilancia es el programa que ha puesto en práctica Estados Unidos para controlar el ingreso migratorio, lo que supone además una labor clasificatoria desde diversos criterios: nacionalidad, peligrosidad, etcétera. ¿No es una paradoja usar métodos**

## **degradantes y de tinte totalitario para defender una democracia?**

Si supusiéramos que los propósitos de control migratorio son realmente preventivos y saludables, para proteger a la comunidad de un acto destructivo, estaría de acuerdo, siempre y cuando no fueran exclusivos y reduccionistas a un país en desmedro de otros. No estaría de acuerdo decididamente con métodos degradantes y de tinte totalitario para supuestamente defender una seudodemocracia. Si no se conoce no solo el programa, sino las motivaciones conscientes e inconscientes, es legítimo tener una paranoia saludable que genere una duda válida con respecto a cuán altruistas o humillantes pretenden ser sus fines.

## **¿La necesidad del orden justifica la vigilancia? ¿Es civilizado vivir bajo vigilancia? ¿No reemplaza el miedo a la responsabilidad individual? ¿No es eso peligroso?**

Si la vigilancia es abusiva, prepotente, punitiva, amenazante, degradante, es decir, propia de una ideología nazi-fascista, sería la expresión incivilizada y decadente de vivir. No creo que el miedo deba reemplazar a la responsabilidad individual. Eso sería muy peligroso para el ser humano, que en vez de elevarse, cultivarse y hacerse más humano sería todo lo contrario; estaríamos ante un proceso de terror, de miedo, de un predominio destructivo interior y exterior, de desconfianza, desesperanza, desafectivización, deshumanización, de anomia, de una sociedad paranoide que gradualmente iría en contra del vínculo humano y estaríamos aún peor de lo que ya percibimos en nuestra sociedad en estos momentos, donde el deseo de dañar, de lesionar y de eliminar es tan grande que, a mi entender, tiene en la venganza uno de sus orígenes más férreos.

## **¿Cuál es la frontera entre la necesidad del orden y el afectar la libertad individual?**

Para mí sería el reconocimiento libre, responsable, discriminatorio y auténtico de un orden integrado a la libertad individual del otro, a diferencia de que este orden solo fuera una excusa, un pretexto, con fines utilitarios. Nuestra conciencia ética se daría cuenta de la falsedad. Es decir, como querer hacer parecer lo destructivo y falso como creativo y bueno; en psicoanálisis le damos el nombre de «inversión», donde no solamente se niega la verdad nefasta, sino se la trata de hacer

aparecer como un propósito bueno. Estoy de acuerdo con la línea de Chomsky, de Michael Moore, de Sean Penn y de otros defensores de la libertad y de la humanidad que expresan claramente su discrepancia con Bush.

**¿Existe esta necesidad de orden en el inconsciente colectivo? ¿Hasta qué punto la tolera?**

Existe visiblemente, así como la tendencia opuesta hacia el desorden, la confusión, la escisión, la división o disociación, sustentada en la dualidad inherente al ser humano. Sin embargo, espero que predomine la vida, la creatividad, la integración, la libertad, la responsabilidad y todos los valores que dignifican al ser humano en contra de aquellos que real o simbólicamente intentan lograr su destrucción. En el inconsciente colectivo la situación es diferente, de acuerdo al líder que dirige a la masa, dado que sabemos por el conocimiento que tenemos de su psicología que está mucho más predispuesta al autoengaño masivo, al sometimiento, a la identificación con el agresor y a dejarse influir por propósitos malsanos incluso en contra de sus principios, de su identidad, en la cual predomina el odio, lo destructivo, la muerte y no la vida, lo creativo y lo digno. De ahí la diferencia entre líderes como Gandhi y Luther King y, por otro lado, como Hitler y Stalin. Existe una anécdota de Gandhi que muestra la humanidad de este hombre extraordinario. Vino a verlo un hindú manifestándole que no podía seguir viviendo, dado que la vida para él era un tormento desde que los pakistaníes mataron a su hijo de 8 años de edad; él, para vengarse, mató a un niño pakistaní de la misma edad. Desde ahí encontraba que no podía seguir viviendo y acudía a Gandhi como última posibilidad. Gandhi le dijo que adoptara un niño pakistaní, lo acogiera en su casa y lo educara bajo principios pakistaníes.

**El gran hermano de Orwell en 1984 es hoy, más que pieza de ficción, un componente real de la existencia contemporánea. ¿No será que cuando se pierde el control sobre la necesidad del orden esta se convierte en una desviación peligrosa, en una tentación totalitaria?**

El gran hermano de Orwell en 1984 —y coincido con usted— más que una pieza de ficción literaria es un componente real de la existencia contemporánea. Así como el nazismo fue una realidad vívida. Creo que se puede hablar de una patología del orden que sería más un sobrecontrol, ya que a mi entender el orden libre, responsable y elegido genuinamente no es un control.

Si se pierde este orden existiría, como usted dice, la posibilidad de una desviación peligrosa en una tentación totalitaria o en un caos destructivo, en una especie de terremoto psíquico, que en última instancia podría restituirse y devenir en un orden genuino.